Arturo Michelena

El niño enfermo, 1886 Óleo sobre tela 80,4 x 85 cm EL niño enfermo es una de las primeras pinturas que Arturo Michelena concibió para participar en el Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, máximo evento de la pintura en la Francia del siglo XIX. Como era usual en los trabajos académicos, el artista realizó bocetos previos que muestran su preocupación por los distintos elementos del cuadro. Las investigaciones realizadas en torno a esta obra señalan que se trata de un boceto final, de menores dimensiones y acabado impecable, de la pintura homónima premiada con medalla de oro en segunda clase en el mencionado Salón en 1887.

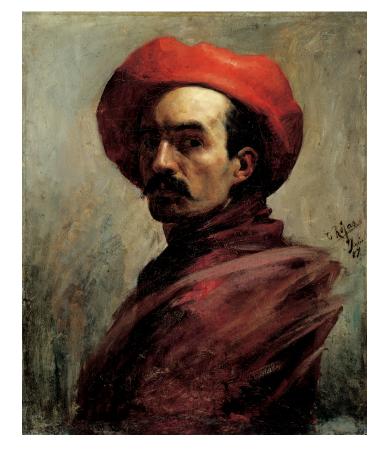




LUEGO de su participación en la "Exposición nacional de Venezuela" de 1883, con el lienzo *La muerte de Girardot*, Cristóbal Rojas es becado por el Estado venezolano para estudiar en París. Cuatro años más tarde, inspirado en el título de una novela de Zola, de moda en ese momento en París, envía al Salón de Artistas Franceses su cuadro *La taberna*, que reproduce una escena cotidiana de los cafés de la ciudad con gran exactitud en los gestos y actitudes tanto de la cantinera como de los parroquianos borrachos, captados desde un punto de vista psicológico. La obra recuerda las pinturas holandesas sobre el tema. Rojas prefirió, como en esta pintura, los motivos de corte social por encima de los históricos, tan comunes en los pintores venezolanos de esa época.

Cristóbal Rojas

La taberna, 1887 Óleo sobre tela 212 x 272 cm EL Autorretrato con sombrero rojo posee gran profundidad psicológica y la fuerza del color contrasta con el monocromismo del resto de su producción. El esquema compositivo utilizado es muy poco frecuente en la pintura venezolana del siglo XIX. Inscribe el autorretrato dentro de una pirámide. En el vértice coloca la cabeza tocada por la boina roja en posición ladeada. A partir del cuello y valiéndose de los pliegues del abrigo, desarrolla un ritmo en espiral que va ampliándose hacia la base de la pirámide. El efecto es de mucho impacto porque la posición de la cara permite concentrar toda la carga psicológica del personaje en una sola zona del rostro. En este caso los contrastes entre luces y sombras acentúan la fuerza contenida en la mirada, fija entre los agitados ritmos que la rodean.



Cristóbal Rojas

Autorretrato con sombrero rojo, 1887 Óleo sobre tela 60,5 x 50 cm ESCENA de circo representa un ejemplo de la inquietud de Arturo Michelena por sobrepasar las regulaciones y normativas que la tradición estética decimonónica ejercía sobre el oficio artístico, sus técnicas, temas y motivos. Prueba de ello, es el carácter abocetado que predomina en la ejecución de la obra, la gestualidad nerviosa y la libertad en el trazo que se observa en determinados sectores del cuadro y los efectos marcados de luz y sombra que describen la íntima teatralidad de la escena representada, la cual delata el clima introspectivo y psicológico que el autor ha impreso en esta pieza, muy próximo a la intuición del impresionismo.

Arturo Michelena *Escena de circo,* 1891 Óleo sobre madera 38 x 46.2 cm



UBICADA dentro de las alegorías y obras simbólicas realizadas a finales del siglo XIX por Antonio Herrera Toro, Una gota de rocio representa una de sus más significativas creaciones. En 1893, la revista El Cojo Ilustrado publicó un boceto de esta obra que participó ese año en la "Exposición mundial colombina" de Chicago, donde recibió una mención honorífica. El artista ofrece una imagen metafórica del rocío, y acerca al observador a una interpretación de este sutil fenómeno de la naturaleza, representado en el candor de la niñez. En esta ocasión, el pintor utilizó como modelo a su hija mayor, Mercedes, de seis años de edad.



Una gota de rocío, hacia 1893 Óleo sobre tela 134 x 60,5 cm





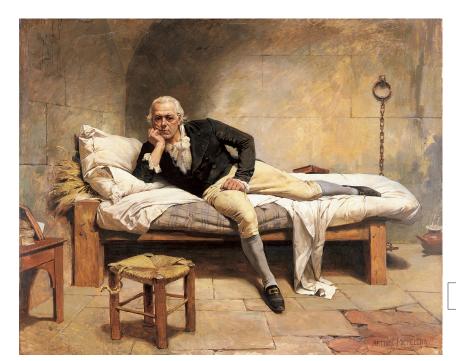
Esta obra recrea un suceso de la llamada Revolución Reivindicadora de 1879, en la que Joaquín Crespo tuvo un papel estelar. La revuelta se propuso, con éxito, regresar a Antonio Guzmán Blanco al poder. Este retratro ecuestre es la única pintura de Mauri presente en la colección de la Galería de Arte Nacional inspirada en la temática militar. Entre algunos estudiosos se ha especulado que se trata de un boceto para un retrato heroico de Joaquín Crespo, evidentemente influido por el estilo de Arturo Michelena.

Emilio Mauri

General Joaquín Crespo después de la batalla de La Victoria, hacia 1895 Óleo sobre tela 65,8 x 46 cm Entre los pintores del siglo XIX, es indudable que fue Arturo Michelena el de mayor talento para el dibujo, no sólo por la calidad, sino también por la variedad y abundancia de su obra en este género. *Miranda en La Carraca*, considerado el principal ícono de la colección y del arte venezolano, representa a Francisco de Miranda, una de las figuras más polémicas y brillantes de la historia venezolana, en las postrimerías de su vida en la prisión de La Carraca. De trazo espontáneo, fácil y seguro, Michelena ilustra mejor que ningún maestro de su tiempo las técnicas académicas que conducían desde la ideación inicial del tema en el boceto hasta la plasmación de la obra pictórica definitiva. Siguió en esto, disciplinadamente, la práctica más común en las academias y talleres franceses.

Arturo Michelena

Miranda en La Carraca, 1896 Óleo sobre tela 197 x 245,2 cm





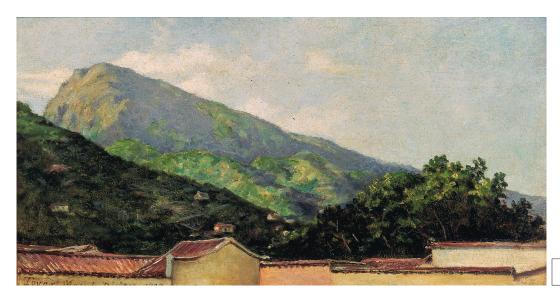
SE trata del pintor alemán Gustavo Langenberg Winckelmann, de quien sólo se conoce este óleo que representa una panorámica del litoral central con el ferrocarril Caracas-La Guaira al fondo. Para los venezolanos esta pintura posee, adicionalmente a su calidad plástica, un valor documental invalorable, pues aparte de los registros fotográficos bastantes desvanecidos por el tiempo, se conservan pocas imágenes de este medio de locomoción que por esos años comunicó a la capital con su principal puerto. La obra ofrece además el atractivo de estar resuelta en un estilo airelibrista que pareciera anunciar el lenguaje del Círculo de Bellas Artes.

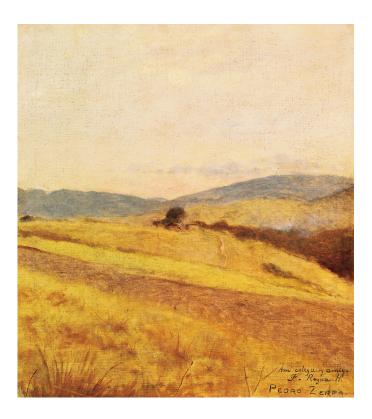
Gustavo Langenberg Winckelmann

Vista de Maiquetía, 1896 Óleo sobre tela 87 x 150,2 cm

Martín Tovar y Tovar

Macuto, Dic. 31 de 1898, 1898 Óleo sobre madera 21,6 x 41 cm **APROXIMADAMENTE** desde 1885, Tovar y Tovar comenzó a ejecutar paisajes al natural, principalmente del litoral guaireño, siendo menos recurrentes las vistas con edificaciones. En esta pieza Tovar y Tovar mantiene la línea del dibujo, captando la intensidad de la luz decembrina. La mancha de color se presenta con soltura, adquiriendo importancia como elemento de expresión y medio para traducir la luminosidad de esta escena al aire libre.





ALUMNO de Antonio Herrera Toro, se dedicó al paisajismo adelantándose en este género a los pintores del Círculo de Bellas Artes. Sus paisajes están pintados con discreto colorido, es el pintor de los sua ves matices, de los esplendores difusos, de la melancolía de las cosas, de la inanimada simplicidad de los paisajes desiertos, de la naturaleza adormecida y taciturna, vista en los amaneceres y en los atardeceres. Intuyó las preocupaciones formales en cuanto a la luz y el color que más tarde serían las bases pictóricas del Círculo de Bellas Artes, donde orientó a algunos de sus integrantes, en la especialidad de pintura.

Pedro Zerpa

Paisaje, 1899 Óleo sobre tela 34,8 x 32 cm